

# *Cabos sueltos*

*La lectura como pecado capital*

EDUARDO ESCOBAR



Editorial

**EAFIT**

LETRA X LETRA

—ENSAYO—

Escobar, Eduardo, 1943-

Cabos sueltos / Eduardo Escobar. -- Medellín: Editorial EAFIT, 2017.

454 p.; 23 cm. -- (Letra x letra)

ISBN 978-958-720-409-4

1. Ensayo colombiano. I. Tít. II. Serie.

C864 cd 23 ed.

E746

Universidad EAFIT-Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

## *Cabos sueltos*

### *La lectura como pecado capital*

Primera edición: abril de 2017

© Eduardo Escobar

© Editorial EAFIT

Carrera 49 No.7 Sur-50

Tel. 261 95 23, Medellín

<http://www.eafit.edu.co/fondoeditorial>

Correo electrónico: [fonedit@eafit.edu.co](mailto:fonedit@eafit.edu.co)

ISBN: 978-958-720-409-4

Editor: Marcel René Gutiérrez

Diseño y diagramación: Alina Giraldo Yepes

Imagen de carátula: *Retrato de José Gómez-Moreno Martínez, Pepe*, 1893. Manuel Gómez Moreno

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación Reconocimiento como Universidad: Decreto Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia. Reconocimiento personería jurídica: Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación de Antioquia. Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación Nacional, mediante Resolución 1680 del 16 de marzo de 2010.

Editado en Medellín, Colombia

*A quien lo merece*



*Retirado en la paz de estos desiertos,  
con pocos, pero doctos libros juntos,  
vivo en conversación con los difuntos,  
y escucho con mis ojos a los muertos*

Francisco de Quevedo



# Contenido

Prólogo .....	9
---------------	---

## *Cabos sueltos*

### *La lectura como pecado capital*

La lectura como pecado capital .....	57
El comedor de cómics.....	85
Encuentro evangélico con la novela policiaca.....	117
Escritura y desafueros .....	135
El otro, el que escribe .....	157
Autores aplazados .....	191
El síndrome de Siracusa en Fernando González .....	239
El mundo sanchopanza .....	279

Problemas de forma .....	297
Edipo e inteligencia .....	315
El peso espeso de la gloria.....	325
Amores y genios .....	337
Aguirre, editor .....	353
El compromiso de los escritores .....	379
La ira doctorada .....	407
Falsas identidades.....	419
¿Es posible traducir el <i>Tao Te Ching</i> ? .....	433
Las palabras de diario .....	443



## Prólogo

*Cabos sueltos* es la prolongación y el complemento de *Cuando nada concuerda*, un libro de 2013 que dediqué a la recuperación de los días de mis primeros contactos placenteros y solitarios con los libros, y a la remembranza del comienzo de mi amistad, en 1957, con los nadaístas de Medellín, ahora todos en plan de fingirse muertos. Entonces la costumbre de leer dejó de ser para mí una fuga impune a la fantasía en una habitación retirada, para enriquecerse, convertida además en una voluptuosa charla de amigos que aún no termina, porque la amistad no se acaba con la pantomima muerte, y yo jamás interrumpí mi diálogo con ellos un solo día hasta el de hoy.

A partir de mi encuentro con los nadaístas, a los libros de Gabriela Mistral, Julio Flórez, Charles Dickens, Julio Verne, Emilio Salgari, y Edmundo de Amicis, los autores más visitados en mi última infancia y mi primera adolescencia, se les sumaron las obras de los filósofos franceses del pesimismo de moda que eran los libros sagrados de mis nuevos amigos, y las sofistiquerías de los eruditos en esoterismos con las cuales quisimos disolver los espectros de la vieja metafísica aprendida en los colegios confesionales donde nos educaron. Y después vinieron los estudios de los antropólogos y los arqueólogos, y las historias del arte y los textos de física y de biología, y los tratados de psicoanálisis y de economía política, y las obras de los nuevos narradores y poetas latinoamericanos como García Márquez y Álvaro Mutis, y a veces el argentino Eduardo

Mallea que quiso imponernos Manuel Mejía Vallejo como el mayor exponente de la nueva novela urbana en Latinoamérica, pero a quien pronto abandonamos en busca de unas literaturas más próximas a nuestro difuso estado espiritual. La más podrida vanguardia francesa. Y los escritores norteamericanos, Dos Passos y Faulkner, a veces de estructuras y estilos intrincados.

Resueltos a leerlo todo los nadaístas leíamos y leíamos y hablábamos y hablábamos sobre lo leído desde que nos encontrábamos bajo las fanfarrias del crepúsculo en las cafeterías de la clase media de la calle Junín, hasta que el alba desparramaba su atroz baba dorada sobre el cerro de Pandeazúcar y comenzaban a agitar las aceras los primeros trabajadores rumbo a las fábricas y las oficinas y los estudiantes recién bañados con sus maletas de cuero llenas de cuadernos. Los nadaístas a pesar de nuestra mala fama de brutos indomables lo único que hicimos bien fue leer. Y después hablábamos sobre los libros que íbamos leyendo. Y recordábamos los versos que más nos habían impresionado. Y evocábamos los personajes de las novelas que más nos habían gustado, casi siempre los más tristes y retorcidos.

En las estruendosas cantinas del barrio de las putas que nunca cerraban, paseando por los descampados de los suburbios junto a los arroyos que bajaban todavía limpios de las montañas orientales, bajo los balsos, las ceibas y los carboneros de las plazuelas de la entonces pequeña ciudad de setecientos mil habitantes donde el obispo era más importante que el alcalde porque era el dueño del diablo, y donde una pastoral valía más que todos los decretos y los acuerdos, la gente aprendió poco a poco a soportarnos, con nuestros hábitos nocturnos, nuestras pelambres narcisistas, nuestros trajes estafalarios y nuestras actitudes entre indiferentes y agresivas. Llenos de libros en los sobacos.

Inopes como nos encontrábamos casi siempre (la pobreza fue en nosotros otra mala costumbre), si no teníamos con qué comprar los libros que queríamos o sentíamos que necesitábamos, los robábamos en las pequeñas librerías del centro. O en la recién fundada

Biblioteca Pública Piloto de la avenida La Playa frente al pequeño Instituto de Bellas Artes pintado de un rosa *art déco*. Y poco a poco, pero no solo por eso, el hábito de la lectura perdió su inocencia, y al fin se nos convirtió en una tarea a veces amarga, y a veces feliz, que algunos de nosotros asumimos como una vocación o como la carga de un destino, como poseídos por un vicio macabro, como arrastrados por una compulsión invencible.

En vista de la decadencia de Dios en nuestros corazones sin estrenar necesitábamos problemas nuevos que le concedieran a la vida el sabor de una aventura; en vista del sentimiento sombrío de vivir en el exilio, en un país destrozado por sus violencias y agobiado por sus banalidades, urgidos de otras tierras para explorar, al fin nos plagamos de contradicciones y de perplejidades y descubrimos que solo se puede escapar de las prisiones de la ignorancia y de los berenjenales de los prejuicios por los atajos del desconcierto y la duda. Con temor y temblando. Como los que marchan hacia donde no saben sobre un piso de arenas movedizas donde es imposible arraigar.

Muchas veces, como se sabe, publicamos manifiestos de burlas contra los libros, contra la cultura, contra los autores consagrados por la mayoría. Dijimos que veníamos a instaurar una nueva barbarie atendiendo al llamado del demonio. Pero fue la forma sesgada de denunciar las resquebrajaduras del orden establecido, y de denunciar la simulación de quienes hacían de la cultura una forma de la payasada social, un adorno para exhibir en los cocteles, un vil arribismo. Nosotros no leíamos por diversión. Ni para ser admirados por las señoras inteligentes. Sino llevados por una necesidad imperiosa.

En ocasiones Amílcar Osorio interrumpía las fiestas golpeando la mesa con un viejo paraguas y pegaba un grito: “Bueno hijueputas: ¿vinimos a beber o a hablar de literatura?”. Y se echaba entre pecho y espalda un trago de la pequeña licorera de bolsillo que se negaba a compartir. Y sonreía como un perro de raza. Le gustaba escandalizar, hacer el papel del cínico. Pero había leído muchas

cosas exóticas antes que nosotros. Aunque según me contó Gonzalo Arango, cuando lo conoció y le preguntó por su poeta favorito, Amílcar le respondió que admiraba sobre todo a Ovidio Rincón. Amílcar traducía además para nosotros, laboriosamente, los poemas de Rimbaud, y las prosas de Michel Butor. De cualquier manera desdeñaba, siguiendo la línea de todos, el intelectualismo huero separado de las realidades de la existencia, a los horros eruditos forrados de datos inertes, a los hipócritas que escribían sonetos a Jesucristo de lunes a viernes y descansaban de su piedad en los prostíbulos de fin de semana. Una vez me dijo, muchos años más tarde, cuando le recomendé *La guerra del fin del mundo*, de Mario Vargas Llosa: “No me interesan los escritores profesionales”. “Sin embargo, le dije, adoras a Nabokov”. Pero Nabokov era para él el ministro de otro rito, el paradigma del talento unido a la sensibilidad, que lo convertía en un científico de la prosodia. Ni más. Ni menos.

Todos los libros, aun los anodinos y fofos ofrecen una visión aunque sea distraída del presente; nos hablan del pasado; nos señalan los peligros inciertos y las posibles buenaventuras del porvenir; nos invitan a revisar las coordenadas de la realidad y las ilusiones que nos hacemos sobre nosotros mismos y sobre el mundo que pisamos. Y suscitan controversias. Y benefician los encuentros y las afinidades. Por una paradoja, la lectura, una actividad silente como hoy la practicamos, activa la socialización, y nos proporciona el gusto incomparable de compartir nuestras experiencias como lectores, aun a sabiendas de que la complicidad perfecta no existe porque cada persona lee un libro diferente, en ocasiones, para ajustar, apenas parecido al que concibió su autor con esfuerzo, en medio de verdes esperanzas y negros desalientos.

Los libros sirven para revelar la vida, el mundo de las cosas y los seres. Pero también los distorsionan, como hacen las tapicerías con la rigidez vertical de las paredes, abriendo perspectivas nuevas y desplegando espacios sorpresivos. Borges que era ciego imaginaba el paraíso como una biblioteca. Pero la biblioteca es también

una metáfora del infierno porque propone una tarea sin fin, una labor eterna, infatigable y ardua, a veces sembrada de confusiones. Todos los libros forman un laberinto de espejos de papel que enfrentándose se deforman mutuamente y se corrigen sin cesar como el caleidoscopio. Cada libro remite a otro en una serie sin fin de cadencias entrelazadas que se refrendan o se anulan. Leer es un trabajo de nunca acabar. El lector dedicado, aquel que tomó su adicción a los libros con responsabilidad, puede compararse con la mosca de la telaraña.

No es necesario ser un erudito para enfrentar la *Biblia*. La *Biblia* se puede leer de muchas maneras. Como un libro sagrado, revelado por el Espíritu Santo, por supuesto, como lo hacen las mayorías con esa antología de cuentos de pastores. Pero también se puede abordar como una enorme novela trenzada sobre una trama de negocios sucios y de mentiras flagrantes, traiciones y sacrificios. O como si fuera la crónica de un pueblo espantado que huye del acoso de la fantasía de un dios vengativo, amante de los castigos, los genocidios y los incendios. Además, la *Biblia* es mucho más de lo que parece. También hace el comentario de otra historia contada al sesgo, la historia de nuestra mentira más íntima e imprescindible. Antes de asomarse a ese libro pánico con provecho nunca sobra una información previa aunque sea somera sobre la vida cotidiana de los faraones y sobre el surgimiento y el desarrollo del sentimiento religioso en la historia desde el chamanismo siberiano hasta el monoteísmo de Akenatón y su reforma religiosa que truncó la muerte. Y es bueno saber alguna cosa acerca de sus sucesivas traducciones a las lenguas vernáculas desde el primer milenio en territorios de los cátaros, mucho antes de la traducción de Lutero que vino a apoyar la invención de la imprenta. Y no sobra repasar las críticas razonables de que lo hizo objeto Spinoza con su acercamiento receloso al legendario libro de "Job". Spinoza quiso negarle a ese libro sombrío su prestigio místico, rebajándolo a simple folclor, de acuerdo con el espíritu de los tiempos. Pero su degradación es otra manera de enfrentarlo. Nada más.

Del mismo modo un libro gozoso en medio de su enorme tristeza como *El Quijote*, se disfruta y se comprende mejor cuando se conocen los pormenores de las cárceles de Cervantes, sus empleos, sus juicios, y el desarrollo de las nuevas técnicas de la reproducción y la distribución de los libros en su época, y si uno sabe qué sucedió de veras en Lepanto que Cervantes consideró una batalla gloriosa, y quién era el llamado bastardo Austria. A mí se me engrandece el escritor y se me vuelve más interesante su obra cuando trato de imaginar lo que pensaba el soldado sumido en la resignación por la pérdida de su brazo, acordándose de ese Jerónimo de Pasamonte que en su libro maestro lleva al apodo de Ginesillo de Parapilla, y a quien algunos críticos atribuyen el *Quijote de Avellaneda*.

Es imposible comprender lo que quiso decir Kierkegaard, a quien tanto leímos, sin acordarse de la influencia de Hegel en su círculo de amigos en Dinamarca y de la preponderancia de las cartas de san Pablo en las sociedades del cristianismo reformado. Y más vale tener en cuenta las relaciones conflictivas que mantuvo con su padre, con su joroba, y con un tangencial san Agustín. Se le ha llamado irracionalista en los círculos de los bastos filósofos del materialismo de izquierda. Pero uno capaz de ser tan puntilloso y tan implacable consigo mismo, como Kierkegaard, ha de haber hecho un enorme esfuerzo de racionalización para construir sobre el miedo de errar una obra a veces inexpugnable, plagada de matices y de minucias morales. Tal vez merecería otro calificativo. Era sobre todo un gran escrupuloso dado a las sutilezas, cuya fe estaba espantosamente envenenada de anfractuosidades, incertidumbres, angustias y sombras.

“Lo que hace más malos a los poetas malos es que solo leen a los poetas, cuando sacarían gran provecho de un libro de botánica o de geología”. Escribió el rumano Émil Cioran. Todos los libros forman un solo libro, el poderoso libro descabellado de bifurcaciones infinitas de la tribu humana: el libro monstruoso, oceánico, de la humanidad. En tiempos de Víctor Hugo se suponía que puestos uno tras otro los libros harían una torre que alcanzaría hasta la

luna. Hoy la torre sería mucho más alta, sin duda, y más ancha. Hoy la masa de los libros es imponente e inabarcable. Quién sabe si la humanidad acabará sepultada por sus libros como le pasó al compositor, pianista y novelista Charles Valentin Alkan el 30 de marzo de 1888, cuando, según se dice, fue aplastado por su biblioteca. Es inquietante que el puñado de signos que componen el alfabeto consiga una combinación así de vasta de sentidos y contrasentidos, de tesis y antítesis, de luces y de oscuridades, de opacidades y de deslumbramientos. La conciencia de la masa formidable de los libros que han sido escritos da vértigo. Abruma el tumulto de las palabras que se han ido dejando escritas sobre la tierra, para el olvido, o para eterna memoria, si es verdad que en el plano astral, cuántico dicen ahora, queda una copia de lo que hacemos en el físico.

Los que fuimos cogidos por el vicio de los libros a veces experimentamos el miedo cerval de sentir que no vivimos, que estos nos beben nuestro tiempo y nos parasitan. Entonces uno siente ganas de renunciar a la concupiscencia para ponerse a salvo del colosal enredo. Leer también cansa. También hay un desánimo del lector. Pero es imposible zafarse de la trampa cuando uno se ha convertido en un adicto a la tinta de imprenta.

Cuando gonzaloarango al final de su vida, después de renunciar al nadaísmo, se deshizo de su pequeña biblioteca, porque su puritana mujer pensaba que los libros afeaban el apartamento, o porque según me dijo él mismo “mientras más leía más confundido estaba”, se negó a separarse de la edición argentina de Fabril de *Una temporada en el infierno*, de Rimbaud; de *Aurora* y de *Ecce homo* de Friedrich Nietzsche editados por la española Aguilar; de los libros de Fernando González que conservaba en sus primeras ediciones; y de *Ciudadela*, de Antoine de Saint-Exupéry, un escritor que veneró. Yo esperé que esos pocos libros para los cuales mandó construir una pequeña repisa donde ponía una rosa cortada en un antejardín del vecindario lo devolverían a la bibliofilia contagiada cuando se desempeñó como secretario de la biblioteca de la

Universidad de Antioquia y ganó la medalla al mejor lector de la parroquia, o antes, en la infancia, cuando con Jaime Jaramillo Escobar leyó *El Quijote* sacado de la biblioteca del colegio de Andes en un refugio de tablas que armaron en un árbol en el solar de su casa. Pero nada se puede contra el destino. Un camión intempestivo en contravía truncó el proceso frustrando mis expectativas y dejando en nada mis dotes de profeta.

Dicen que se lee por placer. Sin embargo, la lectura tiene una dimensión tormentosa, porque realiza el desmonte hoy de lo que creíamos ayer y siempre es incómodo cambiar de piel y renunciar a unos paradigmas a los cuales nos acomodábamos. Todos los paradigmas pelan el cobre tarde o temprano. Y revelan su carácter provisional. Transitorio. Y eso duele. Es como si jamás acabáramos de perder la inocencia. Como si estuviéramos condenados a cambiar de corazón de semestre en semestre como cambiamos de rostro con asombro y fastidio.

Platón, Aristóteles, Kant, Pascal o Wittgenstein y Theodor Adorno o Raimundo Lulio son más arduos, piden más concentración y esfuerzos intelectuales que la lectura de García Márquez o Julio Cortázar o la historia del mago Merlín. Pero la tarea es recompensada por la luz que aportan las arquitecturas de sus argumentaciones claras como el medio día o ambiguas como la luz de los crepúsculos, cuando nos encaran con problemas desconocidos o erizan de dificultades nuevas aquellos que creíamos resueltos. Los filósofos, aun los que ya están por fuera de la moda, cuyas interrogaciones fueron superadas hace tiempos, enseñan a pensar con orden, a enfrentar con método el acoso de los enigmas. O uno se empeña en creer que es así a pesar de la sospecha recóndita de que todo se reduce a unas ilusiones inestables, a una especie de ruido blanco semejante al zumbido del fondo del cielo que nos llega en testimonio del nacimiento y la agonía de las estrellas; a unos garrapateos, en fin, aprendidos de las grullas, según la leyenda, y que suscitan pequeñas vibraciones en la glotis que a su vez rebotan en la corteza cerebral, donde levantan paisajes de fantasía y castillos



de humo y abren al sesgo de los senderos trillados derivaciones inesperadas...

Que la vida es sueño, se dijo muchas veces. Entonces leer debe ser ensoñar un sueño traslapado con el sueño de la vigilia. En últimas la literatura no sería otra cosa que ese sueño ideal que se sueña dentro de otro sueño: leer es soñar despiertos.

El escritor judío Saul Bellow en uno de sus relatos advierte que los seres humanos pueden perderse en las bibliotecas y que alguien debería avisarlos. Las estanterías abarrotadas, dice, despiden un halo atrayente, consolador y seductor, pero también teñido de algo pernicioso, venenoso y fatal. George Steiner, a propósito de Louis-Ferdinand Destouches, o Louis-Ferdinand Céline, afirmaba que desearía que algunos de sus textos antisemitas permanecieran desatendidos en las bibliotecas cubriéndose de polvo. Para unos el hábito de leer es enriquecedor. Pero según otros es riesgoso para el espíritu. Yo sé lo dañino que puede resultar para el cuerpo. Algunos amigos míos cargaron hasta la muerte una lordosis adquirida en la adolescencia encorvados sobre sus libros como la vírgula de esta eñe.

Ciertas épocas intrincadas de la humanidad levantaron piras de volúmenes incómodos para las autoridades establecidas. Y a veces obligaron a sus combustibles autores a acompañarlos en la hoguera. Los libros esclarecen y descarrían. Liberan la mente facilitando el examen de las cosas. Amplían los horizontes del lector aumentando su independencia. Pero también lo esclavizan cuando lo condenan a ser el vehículo de un dogma sin fisuras, impenetrable a la crítica y resistente a los corrosivos de la duda. Hay libros que divierten como un espectáculo de bailarinas o como una exhibición de perros matemáticos. No son los que el buen lector busca. A mí me gustan sobre todo los que me hieren con alguna belleza inesperada y me sacuden y me desbaratan por dentro.

En la provincia antioqueña donde crecí la relación con los libros estaba llena de contradicciones. A los muchachos estudiosos se les auguraba un futuro de éxitos, lo que llamaban allá el triunfo en la

vida, o lo que era lo mismo, un destino, cuando la grave palabra destino significaba que tu nombre ocupaba un renglón en la nómina de un taller o en una guarida de burócratas. Pero al mismo tiempo se pensaba que los demasiados libros en la cabeza y la lectura indiscriminada podían conducir a la demencia como le había pasado a don Alonso Quijano. A Tomás Carrasquilla su padre le escribió en 1874 una carta en la cual le señalaba que aunque era bueno leer porque siempre “se aprovecha el tiempo en las obras buenas i morales, había que cuidarse de las novelas que siempre perjudican a los niños y a los jóvenes... y sobre todo a un joven que todavía le herbe la sangre en las venas”.

En los años cincuenta del siglo XX las cosas no habían cambiado mucho. Entre mi padre, dueño de una ortografía menos retorcida y que se enorgullecía de su buena letra, y yo que le heredé hasta cierto punto el don de escribir a derechas, surgieron incontables escollos por mi tendencia a descuidar mis deberes escolares por ocuparme en lo que él llamaba los libros prohibidos. Es decir, los de Zolá y los de Friedrich Nietzsche y Schopenhauer y Sartre, proscritos por la ortodoxia católica, que fueron los alimentos básicos de mi pubertad arisca de pequeño malandrín con una increíble cara de ángel y una guaya de rufián en la pretina, por si las moscas, en una ciudad que comenzaba a hacerse insegura, sobre todo para los muchachos que leíamos los libros declarados impíos por los asesores del papado. Y nos atrevíamos a dudar en público de la existencia de Dios. Y nos burlábamos de sus santos.

Mi padre tenía motivos para asustarse. El hijo mayor, la esperanza florida de la casa, el que con mucha probabilidad habría de ser el primer obispo en la estirpe, a los quince años decidió abandonar el colegio para leer el teatro de los escritores existencialistas de Francia y dedicarse a haraganear con los nadaístas por los cafés del centro en Medellín y Bogotá. Si yo hubiera tenido un hijo en esas circunstancias también me habría aterrado.

Lo peor de los libros según mi padre era que podían conducir a la erosión de la fe y a la desesperación como efecto colateral. Le oí

decir angustiado por mi afición que en los comienzos del siglo la lectura de *Vida de perros*, de Eduardo Zamacois, una obra que dicho sea de paso no conseguí encontrar en los índices de la Internet entre los del escritor cubano, había llevado al suicido a montones de jóvenes prometedores. Y al parecer los cementerios laicos estaban sembrados de disciplinados lectores de Vargas Vila, que se habían pegado un tiro obligados por el desconsuelo de los escépticos. Mi padre apreciaba los libros. Adoraba los cuentos de milagros de *Las mil y una noches* con sus reinas vestidas de zafiros, sus jardines guardados por gordos eunucos y sus pavos reales iridiscentes. Pero al mismo tiempo temía que resultaran nefastos para mi formación aquellos que presumiblemente le servían al diablo para esconder sus venenos, agazapado entre las parlantes hojas.

Mi padre tenía razón. Hay libros ponzoñosos, libros inmundos que colman el asco. Me acuerdo de las actas del juicio de Charles Manson el asesino serial de California publicadas por Vincent Bugliosi, el fiscal del proceso. Ese libro hiede, es una prueba de que los seres humanos nos parecemos a los cerdos no solo en la arquitectura del hígado, y de que entre la bondad y la locura, y la religiosidad y la crueldad, hay un pequeño paso. Y me acuerdo del de Svletana Aleksievich, premio nobel del 2015, sobre la Rusia stalinista y el advenimiento del capitalismo después de Gorbachov, que narra el fin del *homo soviéticus*. Es un libro desesperanzador. Porque vuelve la felicidad un imposible. Como si el hombre no tuviera otro remedio que sufrir.

Hay libros espantosos que hacen dudar de la Razón. Por ejemplo, los que testimonian los horrores de los regímenes gemelos de Hitler y Stalin, sus utopías de delirantes, fundadas en la esclavitud y el terror policiaco, desenfrenadas en las desmesuras arquitectónicas de Albert Speer y Vladimir Tatlin. Cuando el poder de la razón del Estado hegeliano se confundió con la grandeza de las obras públicas, la tentación mesiánica y las aspiraciones imperiales. Hay libros que arrugan el alma. Como las crónicas de los desmanes de los caucheros en las selvas suramericanas, humillantes para cualquier

lector que se respete, que bocetó Rivera en *La vorágine*. Y hay libros que debilitan. Un amigo a quien le recomendé una obra de Cioran me preguntó después si no podía aconsejarle otra cosa que no lo despojara del todo, que le dejara una pizca de ganas de seguir viviendo. Pero también hay libros que uno quisiera bailar como el de los relatos de León de Greiff. Y hay libros diáfanos. Recuerdo entre los claros el de los poemas de san Juan de la Cruz. Y el sabio relato sobre el coloquio de los pájaros del perfumista persa Farid Udim Attar.

Pero todos los libros importan. Todos dejan su propio sedimento en la conciencia aunque sea un cisco insulso parecido al olvido. Así como hay libros que nos marcan como el punzón del grabador, *La metamorfosis* de Kafka es uno, hay los que se disuelven en las entrañas después de consumidos, sin pena ni gloria, como esos sueños insípidos que no podemos recordar al volver en nosotros. No sé si los olvidados desaparecen por completo en nuestro interior. O si seguimos cargándolos toda la vida sin que su peso se note. Y aunque pasen desapercibidos para la conciencia siguen ocupando un espacio sutil junto a nosotros con la discreción de la sombra. Además, perder aprendiendo no es perder. Las experiencias negativas también educan: es improbable que volvamos a un autor que nos defraudó una vez porque no supo hacerse querible con su voz incolora o porque quiso meternos gato por liebre con una mentira interesada.

\*\*\*

*Cuando nada concuerda*, bajo la apariencia de un ejercicio de crítica o de crónica literaria esconde una perversidad que algunos lectores advirtieron, al describir en una prosa esmerada, atenta a los ritmos del habla y a las ondulaciones de las frases, como si narrara una incursión por un reino de elfos y hadas, las crisis espantosas que marcaron el siglo XX y le confirieron el cinismo que lo caracterizó y su porfiada desconfianza en todo, incluso en la literatura que es

el motivo del libro desde la primera línea hasta el abismo singular del punto final. “A veces el estilo es la prerrogativa y el lujo del fracaso”, escribió Cioran. Pero la búsqueda de un estilo también es un consuelo frente al desbarajuste del mundo, y un recurso de la inteligencia para suavizar las asperezas de la realidad y burlarse de la conciencia del sinsentido. Y Cioran lo sabía. Porque jamás hizo otra cosa, fuera de lamentarse, que tratar de escribir como los grandes maestros de la literatura europea que conocía bien.

Un lector me preguntó cómo había logrado discutir a partir de *Lolita*, la tierna novela de Vladimir Nabokov, los abruptos problemas de la sexualidad infantil y de la atracción que experimentan ciertos viejos inmarcesibles por las nínfulas sin caer en el discurso moralizante o en la babeante indignación sospechosa de hipocresía según el álgebra de los sicólogos. El comienzo de una respuesta está en el título del ensayo, “La inocencia envenenada”, que en el libro se ocupa del espinoso tabú. Y en las referencias a J. M. Coetzee en cuya autoridad apoyé mi reflexión. El escritor surafricano arguye en un ensayo de defensa de *Memoria de mis putas tristes*, un libro recibido como procaz e indigno de un premio Nobel incluso por algunos de los mejores amigos de García Márquez, que la historia de Mustio Collado merece situarse dentro de la tradición que inauguraron las *Confesiones* de san Agustín, y que en últimas nos cuenta la historia de un putaño senil purificado por la fuerza de la ternura y el amor. Para reforzar su intuición Coetzee considera como simbólicos del sentimiento católico de culpa el gato de la fábula y el incidente del asesinato en el lupanar.

Alguien notó en otro cuento de García Márquez los escozores del remordimiento: el protagonista después de robarse las bolas del único billar de la aldea en el fin del mundo priva a sus vecinos de su único esparcimiento y al dueño del billar de su única fuente de recursos. Y ve cómo condenan a un pobre negro inocente y anónimo, y se remuerde y se acusa. Aunque debió crecer en las soledades salvajes de las tierras vallenatas García Márquez fue educado a sus horas en un colegio de jesuitas, una organización

de expertos en escrúpulos. Y su mejor amigo de los primeros años fue su abuelo materno quien, como su nieto sabía, llevaba de mala gana en el corazón un muerto sin digerir. “Tú no sabes lo que es matar un hombre”, le dijo una vez. Y él jamás lo olvidó. Coetzee podría estar bien encaminado en su reivindicación de la historia de Delgadina como edificante contra la acusación de perversidad que mereció de los lectores superficiales.

No sobra recordar entre los personajes más pintorescos e insistentes de García Márquez algunos hombres de iglesia: le gustan los obispos, uno es asociado con la sopa de cretas de gallo en una de sus novelas ejemplares; un cura levita (el levita, levita) mientras toma una taza de chocolate, y un papa estuvo presente junto a las gaiteros de San Jacinto en los funerales de la Mama Grande para mayor esplendor del acontecimiento: todos hablan de la fascinación por la fe de la infancia, tanto como el legendario judío errante que alguien encuentra camino del sepelio.

Además, Graham Green, un agnóstico que se convirtió en su juventud al catolicismo, fue una de sus admiraciones. Pues tuvieron un montón de afinidades entre las que cuenta su gusto por los poderosos y por las intrigas de poder. Y Green se preocupó también con mucha frecuencia en sus obras por los tormentos interiores de los curas, las crisis de fe de los creyentes y los enigmas que suscita la negación radical de los suicidas.

En un país menos despistado *Cuando nada concuerda* debió prohibirse por insidioso. Pero los encargados de la guarda de las buenas costumbres y del mantenimiento de la fe dejaron de asustarse con los exabruptos de los nadaístas y de considerarlos irremediables desde cuando gonzaloarango retornó al cristianismo de la niñez al final de sus años de la mano de una mochilera anglicana que se encontró en una discoteca de San Andrés, islas, y que él confundió con una sirena encallada en el Caribe aunque era una dulce arpía, o porque el desprestigio de la milenaria Iglesia de Cristo ahora corre por cuenta de sus propios representantes y gerentes, y el vociferante viento del escándalo sopla hace tempos

desde las sacristías del Vaticano plagadas de pederastas cebados, monederos falsos y simoníacos purpurados con cuentas cifradas en Suiza, que a veces guardan cadáveres de mafiosos descompuestos en los sagrarios en desuso o bajo los lirios podridos sacados de los altares, y más vale no arrimarse al fuego cuando el rabo es de paja, ni tirar piedras en el vecindario cuando se tiene techo de vidrio, según aconseja la sabiduría popular.

Un escritor ya no alborota los obispos como en el pasado por muchas otras razones que no es preciso enumerar. En tiempos de Vargas Vila y de Fernando González los escritores podían envanecerse del poder de su pluma capaz de herir como una bala de plata según la expresión de Green. Ahora a los autores contestatarios por deletéreos que sean no los despiertan a la madrugada los inquisidores con penachos de fantasía, redoblantes vestidos de seda y órdenes de captura primorosamente dibujadas en pergaminos, y son purificados del escepticismo y de sus queridas decepciones con los aguaceros lustrales de los aplausos y títulos *honoris causa* que ellos reciben de buen grado suspendiendo las pataletas mientras duran los discursos de los decanos. Y agradecen cortésmente, mansamente, y a veces inesperadamente, disimulando lo mejor que pueden los filos de las garras arregladas en el taller de la manicurista para la ocasión, los honores de las instituciones contra las cuales despotrican en sus obras y en las tabernas donde se emborrachan para ventilar sus querellas y hacerse admirar por las coperas de anchas grupas.

Cioran dijo que los rebeldes no son muchas veces más que temperamentos epilépticos enamorados de las futilidades del verbo. Y algunos escritores de actualidad le conceden la razón. Y juro que no estoy pensando en Fernando Vallejo. Tan tiernamente agresivo y desabrochado siempre en público y tan decente en la vida privada, y tan puntilloso en todo lo que toca con la sintaxis castellana y las investigaciones lingüísticas de los castos hermanos Cuervo con un rigor insólito en un anarquista que se respete. Refiriéndose a Maistre con palabras que le calzan a la perfección a Vallejo asevera Cioran

que entre trances y ocurrencias, convulsiones y fruslerías y baba y gracia, Maistre todo lo mezclaba para componer ese universo del panfleto desde cuyo seno perseguía “el error” a base de invectivas, “esos ultimátums de la impotencia”. Todo obliga a recordar las intemporales habas que se cuecen en todas partes.

*Cuando nada concuerda* esconde otra ambigüedad: con el pretexto de reseñar las lecturas primerizas de unos muchachos de Medellín empecinados, obedeciendo al mandato de Rimbaud, en reinventar el amor y la vida, hace una crítica rencorosa de la civilización de la *Biblia* mientras señala la supervivencia del sentimiento religioso en el Occidente moderno en los partidos de izquierda tanto como en los de derecha, en las filosofías positivas y en las del nihilismo, el sinsentido y el absurdo, y hasta en los actos más pertinentes de la cotidianidad como quererse o vestirse o en los de apariencia más desvalida como leer, o más arrogantes como escribir para publicar y ser leído. Los capítulos iniciales están consagrados en consecuencia a la terrible presencia de Dios, a la tormentosa literatura judía desde Kafka hasta Saul Bellow tan ligada siempre a la *Torá* según George Steiner, y a la figura tragicómica del Diablo, padre de la mentira, y a la Mentira, así, con muy pertinentes mayúsculas de majestad. Pues fuera de los eficientes servicios prestados en los reinos de la diplomacia, la publicidad y la política, la Mentira despliega sus galas, toda su tremenda belleza, en la ficción literaria, tanto como en la máscara de carnaval y en las sutilezas de la moda. Uno de los capítulos más largos del libro lleva este título: “La moda y la farsa”. Y hace una reseña de la religión del dandismo en el mundo moderno desde Baudelaire hasta Tom Wolfe y el nadaísta Darío Lemos.

*Cuando nada concuerda* se empeñó en el rastreo del movimiento por el cual el orbe católico del mundo incluido el reformado, cuyos orígenes y fundamentos deben buscarse en un convento de agustinos, hizo del ejercicio literario un sacerdocio aunque fuera satánico como sucede en Baudelaire, panegirista de un desplumado Luzbel, y de sus letrados, descendientes hipotéticos de un



prestigioso mester de clerecía, ángeles y profetas de una manera tan enfática que ellos acabaron por creerse el cuento, inconscientes de la progresiva degradación a simples apéndices de las industrias del papel, a figurones de la misma especie que las maquilladas estrellas de la farándula, los bailarines de zapatos de charol de colores, los baladistas de voces engoladas, los prestidigitadores de cinco manos y los bufones de los circos: metamorfoseados, pues, en comediantes. Mientras los encargados de los departamentos de relaciones públicas de las editoriales los cabestean por las ferias del libro como unicornios nimbados por los ditirambos de los comentaristas culturales de las publicaciones periódicas, con mucha frecuencia con el criterio embotado, deslumbrados como casi todo el mundo por el resplandor del espectáculo y las artimañas de la publicidad: el ruido de diseño publicitario hoy reemplaza con mucha frecuencia el valor en la literatura, la pintura, la escultura, la música y lo demás, incluidos el oficio de cocinar fritos, la repostería y los deportes. Al exponer la falsificación el libro obvia sin embargo la diatriba que tanto gusta a los lectores actuales y opta por el camino de una meditación sin aspavientos, sin soltar la baba del histérico, como tal vez le hubiera convenido. Como tal vez me hubiera convenido.

A partir de una relectura de los autores más queridos por esos muchachos en el umbral de los años sesenta, los del compromiso político como Sartre y Camus, y los adscritos a las doctrinas del arte por el arte como Gustave Flaubert, Vladimir Nabokov y Gabriel García Márquez, para quienes escribir bien es el único deber del escritor, el libro supone que el Diablo sigue actuando en la historia y que las guerras de Dios no han terminado, y desemboca sin resignación, más bien impasiblemente, en el reconocimiento de la fantástica anomalía del mundo sin evangelio que habitamos, donde el único libro sagrado es el de contabilidad. El relato, porque puede leerse como un relato, en apariencia conduce al desánimo a medida que sigue el hilo de unas lecturas que crearon un ambiente para el drama de unas pequeñas vidas, que pequeñas y todo aspiraron a asumir una relativa importancia colectiva. Pero

detrás de la sensación de desaliento hay una serenidad que debo agradecer a la esperanza que no me abandona en que todo saldrá bien para nosotros, para lo que llamó el gran poeta norteamericano Ezra Pound, hijo de cuáqueros, “la tribu humana”.

Al final el libro pregunta por el futuro de la escritura y por el fenómeno de la conciencia coincidiendo con las controversiales investigaciones del sicólogo norteamericano Julian Jaynes a quien yo no había leído cuando lo escribí. Para Jaynes las voces de los dioses que escucharon los héroes homéricos (y los desvelados sacerdotes bíblicos y Sócrates y los santos del medioevo y algunos posteriores hasta hoy) no son simples infundios, inventos de hagiógrafos imaginativos, falsas percepciones de jovencitas inspiradas como Juana de Arco o distorsiones auditivas de monjes hiperestésicos en el límite del agotamiento a causa de los ayunos y los cilicios, sino fenómenos discernibles a partir del conocimiento de la misteriosa evolución del cerebro humano, que a veces se reciclan en los esquizofrénicos. Las voces forman parte de un proceso que debió comenzar su decadencia con el descubrimiento de las letras, y siguió debilitándose con la invención de la imprenta, y con la instauración de la ficción del autor como faro y guía de la sociedad.

Estirando los argumentos de Jaynes y ante la declinación evidente y al parecer irreversible de lo que antes se llamó la escritura artística (derrotada por la inmediatez del lenguaje propio de la crónica, los anecdotarios pintorescos y la prosa revisteril hoy imperantes), el libro pregunta si hemos llegado a un punto cuando la poesía es una trivialidad nada más, una noble superstición en una civilización de hombres funcionales, de hombres-engranajes definidos por su rol en el entramado social, aturdidos por el estrépito mediático y sumidos en la lucha por cazar la pomposa mariposa del éxito, la presa de oro en el batiburrillo de estas junglas enmarañadas de acero, concreto y vidrio, engreídas y vulnerables, entregadas al hedonismo vulgar, al terrorismo del fanático religioso, los pistoleros sicóticos de las utopías políticas, las sicalípticas oficinas de los sicarios a

suelo, y a las demás corrupciones que sirven de materia a los periodistas y que contempladas desde la desesperación pronostican la catástrofe planetaria y el fracaso rampante del ser humano y desde el punto de vista de los hombres de buena voluntad deben tomarse como las crisis de superación de un estadio histórico agotado hacia otro a donde somos guiados por incógnitos dioses interiores que no sabemos lo que nos deparan ni lo que representan.

El libro principia con la evocación de un caballero de la burguesía alemana que en una novela de Thomas Mann lee un libro de Schopenhauer y siente que lo hiere de una manera tan honda que solo puede defenderse de sus insinuaciones apartándolo, para retomar sus deberes comerciales y continuar, como hizo desde su juventud, ayudando, sin saberlo, a la incubación del desorden que siguió, amasado en los morteros retóricos de las bestiales ideologías del siglo XX cuyos trágicos aportes fueron las grotescas matanzas de dos guerras mundiales consecutivas y los campos de concentración de los nazis y los comunistas, a cuyos pavores debe tanto el desprestigio de la diosa Razón de los filósofos de la Enciclopedia. La misma diosa Razón que justificó la orgía bárbara de la Revolución francesa, modelo de todas las revoluciones que vinieron después con su optimismo desmedido en la bondad del ser humano y en el futuro de los mitos del pueblo, la igualdad, la justicia y la libertad del individuo hoy reducida a la libertad de comprar. Comprar o no comprar es la cuestión ahora como para Hamlet fue la disyuntiva entre ser o no ser. El hombre moderno dejó de necesitar el lujo de un alma inmortal. Porque se siente bien aperado para la felicidad siempre que lleve junto a su corazón la llave de plástico de la tarjeta de crédito que abre las puertas de todos los paraísos y cumple todos los deseos. El crédito reemplaza hoy la virtud teologal de la esperanza, la fe se confunde con la confianza en el sistema financiero y el individuo degeneró en lo que llaman los publicistas la clientela y los políticos de izquierda, la masa, con una palabra prestada al léxico de los panaderos.

Nadie sabe quién escribe. Escribir es ofrecerse en servidumbre a las fuerzas del habla. El autor es el medio por el cual fluye la corriente de las palabras como los electrones por el cableado eléctrico. Marguerite Duras dijo tautológicamente que escribir es tratar de escribir lo que uno escribiría si escribiera. Y el poeta arcaico doblegaba su voluntad al comenzar su discurso. Homero, haciéndose a un lado, encomienda su tarea a lo más alto al comenzar *La Ilíada*: “La cólera canta, oh diosa, de Aquiles, el hijo de Peleo”. La Modernidad le concedió al escritor el atributo de la lucidez y al mismo tiempo vinculó su trabajo con la experiencia onírica como si el escribir se pareciera al dormir, al ensoñar. Fue lo que hizo Gaston Bachelard en un ensayo póstumo a propósito de Poe. Todos los que escribimos podemos dar testimonio, como el durmiente interrumpido en su maquinación, del sobresalto del llamado de la realidad cuando (¿existe algo peor?) somos arrancados de nuestra labor sonámbula por una esposa intempestiva que llama al almuerzo.

García Márquez dijo que el secreto del escritor es impedir que el lector se despierte. Tal vez todo se reduce a esto: uno que escribe medio dormido, alienado, separado del mundo real, aguarda un prójimo dispuesto a completarle la tarea con su propio sueño intertextual, un lector a quien tenemos derecho a asociar con el calanchín de los hipnotizadores de teatro de variedades. Para Malcom Lowry el lector es un actor. Es decir, una máscara. Y es lícito concluir que el autor también es un enmascarado, oculto detrás de un texto que le pertenece a medias. Porque la que habla es el habla. Karl Kerényi, que no un místico, en su obra *Dionisios, raíz de la vida indestructible*, reconoce que muchas veces, poseído por el dios, después de una ardua sesión de trabajo diurno, era sorprendido todavía por la noche, por otras páginas que no había creído posibles.

Se ha dicho que el escritor trabaja para conjurar y domesticar sus fantasmas, para liberarse de sus pesadillas. Lowry, en un relato titulado *Oscuro como la tumba donde yace mi amigo*, se siente como si escribiera la novela de otro o como si escribiera por su mediación.

Y mientras escribe dice que lo hace como un hombre abriéndose paso a través de un humo cegador. Escribir es dejarse arrastrar, ausentarse de uno mismo, despojarse de la personalidad habitual para ingresar en la órbita de los espectros. El mismo García Márquez que se vanagloriaba de controlarlo todo en sus narraciones, de decir siempre lo que quería, una vez sin embargo declaró que había comenzado su novela mayor escribiendo al desgaire la primera frase sin saber a dónde lo conduciría, y contó cómo había llorado lleno de desconsuelo la noche cuando durante la redacción de *Cien años de soledad* se le murió el más entrañable de sus personajes. Eduardo Agualusa, un escritor angoleño en lengua portuguesa afirma, como dijeron muchos escritores antes y después de él que en ocasiones los personajes... cuando menos nos damos cuenta, se instalan en las páginas que estamos trabajando, y ya están conversando y sufriendo y amando y conduciendo la acción. De acuerdo con la confesión de García Márquez también se mueren cuando les da la gana. O cuando es preciso que desaparezcan obedeciendo a las exigencias del libro aunque el autor deba ser desgarrado. León Tolstoi en una carta a su editor le confiesa que ha llegado a un punto de la escritura cuando Ana Karenina se ha liberado de su control. Y Steiner en la entrada de su *Antígonas* cita a Benjamin para quien todo conocimiento se da como un relámpago del cual el texto es el trueno que resuena después largamente.

Para Jaynes los hombres antiguos alucinaban a partir de signos cuneiformes o de la momia de algún rey inmortalizada al humo. Para él el viaje de Odiseo se realiza hacia el yo, a medida que desaparece lo que llamó en su estudio más afamado “la mente bicameral”. El héroe escapa del hechizo del mito, de la tierra de Calipso donde nada se marchita, entre pruebas y engaños, hacia su amada, su isla y su casa, pero sobre todo al encuentro consigo mismo, con la conciencia de sí mismo. Algunos filólogos creen que *La Ilíada* y *La Odisea* pertenecen a dos etapas del desarrollo de la escritura. Y dudan que hayan sido escritas por el mismo ciego y en la misma época. La individualidad en *La Ilíada* aún está

desvanecida en la horda y en el sentido del honor que distingue a los pueblos guerreros, para los cuales un profundo sentido de la vergüenza reemplaza lo que para otros toma forma más tarde en el sentimiento de culpa, eje de la individuación, de la conciencia separada que quizás empieza a manifestarse en el reyezuelo de Ítaca con sus nostalgias del hogar.

Luis Gil en un texto sobre la medicina popular en la Antigüedad resumió la situación hace años empatando con la teoría de Jaynes y anticipándola: “En la amalgama de gentes de la polis, dice Gil, el individuo fue desligándose poco a poco del patrón cultural, del grupo étnico, para asumir su individualidad, intransferible e irrenunciabile como criatura de Dios predestinada a un fin sobrenatural, peregrina en la tierra... Y este cambio de status determinó entre otras cosas nuevas formas de entender y de vivenciar las dolencias y de combatirlas y curarlas”. Después de recordarnos que algunas tribus de América del Sur consideraban normales las deformaciones derivadas de la sífilis y tenían a las personas limpias por enfermas así como los chinos que torturaban los pies de sus mujeres pensaban en las extremidades de las extranjeras como una simple aberración, Gil afirma que la nueva situación con sus vislumbres de una conciencia anclada, conquistada al margen del rebaño, es decir, de una identidad singular, alteró los métodos de la teúrgia. “Y entonces, dice, se refinaron los complejos de piedras y de aromas que propiciaban la recepción de los dioses y se prescribieron maneras nuevas de evocarlos”.

Las cosas hablaban en aquellos tiempos nebulosos del surgimiento del Yo. Y también oían. Era preciso saludar tres veces ciertas yerbas purgantes o catárticas antes de cosecharlas. Y se debía reverenciar a las estatuas: estas no eran piedras muertas, inertes. Contenían un alma acogedora o adversa, que hablaba en primera persona, como consta en las estelas de las inscripciones sobrevivientes en los pedestales. Y una de las actividades de los encargados de los templos consistía en dar de comer a los dioses por la mañana y por la tarde. Todavía en los tiempos del viaje a las estrellas algunas